



## La sirena y el charango. Ensayo sobre el mestizaje

Carlos D. Mesa Gisbert

Fundación Comunidad y Gisbert editorial, La Paz, 2013, 234 páginas, primera edición.

Si el título de este libro puede provocar en principio equívocos, es porque precisamente alude al carácter problemático de su objeto de estudio. No se trata, como podría haberse esperado y suele ocurrir en títulos similares, de una oposición de dos elementos culturalmente contrapuestos cuya mixtura suponga un tercero, expresión del mestizaje anunciado en el subtítulo. Por el contrario, al escoger a la sirena y al charango, dos productos ya netamente mestizos y reelaborados a lo largo de un largo proceso de mezcla cultural, propone al mestizaje como un hecho históricamente

consumado, exitoso en términos civilizatorios y fácticamente irreversible, en la medida en que habría permitido la consolidación casi bicentenaria, aunque no sin dificultades y tropiezos, de una nueva nacionalidad sudamericana, similar a las del resto del subcontinente.

Como se sabe, esto que desde la Revolución de 1952 era considerado una obviedad, aunque quizá no suficientemente asumida vitalmente ni estudiada, está siendo cuestionado o puesto entre paréntesis tanto por el proyecto político e ideológico que

está gobernando el país desde 2006 como por una serie de investigaciones académicas. Este libro se dedica a enfrentar polémicamente estas tendencias, desbaratando con cuidado sus presupuestos y afirmaciones. Lo hace, en una primera parte, remontándose al origen precolombino de la nacionalidad (Tiwanaku) hasta desembarcar en el presente republicano problemático que nos ha tocado vivir a los bolivianos, pasando por el momento colonial, en su criterio el nudo gordiano de la disputa ideológica actual. Pues negar el hecho colonial como producto cultural-histórico fundamental e insoslayable, o condenarlo por haber sido un “etnocidio” cultural y/o físico (para dar paso al pretendido proceso de descolonización que se pretende implementar), es, a juicio del autor, el “pecado original” de la propuesta del MAS y sus líderes.

Por eso dedica el capítulo de mayor extensión, el segundo, a explicar lo que significó el choque colonial de tres siglos en tanto simbiosis vital entre las poblaciones americana y europea, en la lengua, en la mitología y la religión, en el arte (el barroco), en la fiesta. Y esto en un contexto lo más amplio posible para colocar la dimensión de la conquista y la colonia en su verdadera perspectiva mundial, incluyendo la interesante aseveración de que España fue la primera potencial colonial que reflexionó críticamente

sobre su propia acción de dominación y coloniaje.

Después de esta revisión histórica, se procede a analizar, en la tercera y cuarta partes, las muchas perplejidades que provoca la actual ideología en el poder a la luz de esta perspectiva de los hechos del pasado. Por ejemplo, el patente y casi patético hecho de que el “primer presidente indígena” no hable su idioma nativo y tenga un apellido español (como primer acto revolucionario, podría haberse esperado del primer presidente indígena que recuperara su apellido original, pero, ¿cuál es éste?); el establecimiento arbitrario y a marchas forzadas de 36 naciones indígenas a partir de un inventario provisional de las lenguas originarias vivas; el escandaloso intento de borrar el carácter republicano del país; el disparate, felizmente en trance de olvidarse, de pretender agregar otra bandera nacional (la wiphala) a la ya existente; la falta de seriedad al imaginar sistemas jurídicos aborígenes de la estatura del occidental, adoptado durante centurias por el país. Estas incongruencias y dificultades son revisadas a la luz de su plasmación en el articulado de la nueva Constitución, aprobada en 2009, con gran oposición, como ya lo consigna la historia.

Todo esto pese a que previamente, dice el autor, en un momento del que el propio Mesa fue actor importante, el Estado boliviano había estado ya llevando a cabo remodelaciones

institucionales y normativas que aspiraban en mayor o menor medida a subsanar o atacar la problemática no resuelta ni en la independencia ni en la revolución nacional de 1952, pero con carácter paulatino y no políticamente traumático.

La lección que suele dar la historia a estos experimentos de ingeniería social (la conocida lección de que el sueño de la razón engendra monstruos) asume a menudo en el caso boliviano ribetes de realismo maravilloso que debería ser aprovechado por algún novelista. Tal el caso de los dirigentes del Tipnis que se refugiaron en este territorio escapando de los gobernantes y alegando que la justicia ordinaria no podía ingresar ni tenía férula sobre ese territorio indígena. Mesa, sin embargo, escoge otro ejemplo de la misma ironía al señalar el curioso hecho de que la postulación de una sociedad estamentaria en la que los ciudadanos son reagrupados y separados por etnias o culturas, se parezca tanto a la sociedad modelada por la Corona española durante el periodo colonial.

En consecuencia y finalmente, en la quinta parte el autor asume que el llamado proceso de cambio va camino al fracaso en términos de propuesta de nación, no tanto por la serie de medidas positivas que en un plano práctico haya podido realizar, sino por las consecuencias antidemocráticas y distorsionadoras de la historia a que lleva el maximalismo unilateral del discurso gubernamental, lo cual solo puede conducir a mayor división; por eso propone volver a pensar lo nacional, en base al postulado que sustenta la tesis fundamental del libro: que la idea del mestizaje no anula o se contradice con la idea de la pluralidad de culturas o pueblos, y que, por lógica consecuencia, se debe comenzar el proceso a fondo de reforma de la Constitución, reorientándola en este sentido.

Pese a que se trata de un ensayo, hubiera sido informativo y enriquecedor para el lector contar con una bibliografía que permita ubicar con más precisión las citas y referencias del libro.

Walter I. Vargas